

ALICE MEYER/DELFIN DÍAZ

JUSTICIA PENDIENTE

Han pasado 30 años desde que Alice Meyer y Delfín Díaz fueron asesinados. El Caso Meyer prescribió sin culpables, pero la causa de Delfín fue reabierto. Esta es la primera parte de un reportaje sobre dos muertes que remecieron a la opinión pública, enfrentaron a las policías de la época, a los poderes del Estado y quedaron en la memoria de toda una generación.

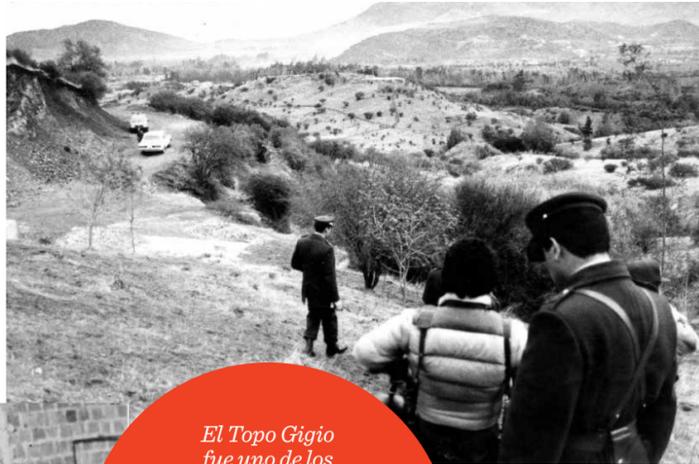
→ Por Lenka Carvalho y Silvia Peña

Brígida es la mayor de los Díaz Méndez y la única que todavía vive en Lo Barnechea, en el mismo barrio donde todo pasó. Su casa, en la población Lo Ermita, está a tan sólo cuadras del lugar en que Delfín, su hermano menor, fue encontrado muerto, colgado de un eucaliptus, y muy cerca del sitio donde apareció sin vida el cuerpo de Alice Meyer. Estos hechos marcaron a dos familias que se sumieron en el dolor y desesperanza por casi 30 años. Hoy una querrela reabrió la investigación por la muerte de Delfín Díaz y, de paso, encendió entre sus cercanos la ilusión de alcanzar la postergada justicia.

La historia comenzó a escribirse el 15 de diciembre de 1985. Ese día Alice Meyer Abel (25), la hija menor del empresario gastronómico José Meyer, dueño del restorán München, salió en su moto sin destino conocido y nunca más regresó. Fue encontrada la mañana del 17 de diciembre asesinada en Lo Barnechea. Las pesquisas intentaron reconstruir sus pasos a través del círculo íntimo y también de las personas que estaban cerca del sitio del suceso ese domingo. En el expediente no consta declaración alguna o interrogatorio a Delfín Díaz Méndez (entonces de 21 años), sin embargo, él se convirtió en protago-

nista de esta trama cuando, días después, el 26 de diciembre, apareció ahorcado, con el reloj Swatch de Alice Meyer en su muñeca izquierda, prueba utilizada por la policía para sindicarlo como el asesino de la joven. La versión oficial dice que habría sido un robo con homicidio y que, para no cargar con la culpa, decidió colgarse del gancho de un eucaliptus en el Cerro 18 de Lo Barnechea, que entonces no era más que un peladero.

La mañana del 26 de diciembre Brígida se enteró de la noticia a través de una amiga. "En ese momento vivía en la Villa Lo Barnechea, a un costado del colegio Nido de Águilas. Unos



El Topo Gigio fue uno de los principales testigos del asesinato de Alice Meyer, cuyo cuerpo apareció en un arroyo en el Parque del Sol, en El Huínganal.

Fotos Copesa

jóvenes vieron a Delfín muerto. Cuando llegué, había una decena de curiosos. Lo primero que pensé fue: ¿por qué le hiciste esto a mi mamá? Estaba con las piernas dobladas, en cuclillas y con los pantalones ensangrentados en la entrepierna. Lo colgaron, era evidente. Tampoco le vi el reloj que supuestamente robó... solamente lo miré. En ese momento escuché unas sirenas y llegaron dos vehículos negros. Uno de los hombres preguntó: ¿Hay algún familiar?”.

A Brígida la subieron a uno de los autos. “Calladita nomás”, le dijo uno de los hombres mientras la encañonaba. A Delfín lo bajaron del árbol y lo desnudaron. “Vamos a pasar a tu casa para que saques ropa suya y luego seguimos a la comisaría de Lo Barnechea para tomarte una declaración”, fue lo siguiente que le anunciaron. Pero después de ir a su casa, el auto no paró hasta llegar al cuartel central de Investigaciones en calle Borgoño. “Me llevaron a una sala en un subterráneo; ahí me entregaron un papel para que firmara; decía que yo, Brígida Díaz, hermana de Delfín, lo había visto hace 10 días con un reloj de tales caracte-

rísticas. Les contesté que eso no era cierto. Me amenazaron, pero me negué a firmar. Me sacaron de un brazo y me dejaron en otra sala; mientras esperaba llegaron mis hermanos, mi marido, mi mamá... Ninguno avaló esa declaración”.

Sin embargo al día siguiente, en una concurrencia conferencia de prensa, la Policía informó la solución y, con ello, el cierre del caso. El juez de la causa, Fernando Soto Arenas, se indignó; solo él podía decretar el fin de la investigación y anunció que seguiría trabajando, pero con el OS7 de Carabineros, y marginó de las diligencias a Investigaciones. Se desató una guerra entre las policías que incluyó protección de testigos, seguimientos, amenazas y más. Especialmente porque muchos antecedentes apuntaban a los policías civiles como sospechosos del crimen de Delfín Díaz.

“A mi hijo lo mataron, él nunca tuvo nada que ver con la muerte de esa chica; él era ladrón, no un asesino”, solía decir Brígida Méndez, la madre del joven delincuente, a quien la quisiera escuchar. Dio entrevistas, golpeó puertas, llevó el caso a la Vicaría de la Solidaridad donde el abogado José

Galiano la patrocinó, por lo que recibió varias amenazas. Sin embargo, más allá de sus intentos, la causa fue sobreesida en 1991, catalogada como suicidio por la jueza Raquel Camposano. Eso, pese a las versiones que indicaban que el joven habría sido torturado y asesinado por agentes del Estado. “Mi mamá murió hace 10 años. Este era un capítulo cerrado para nosotros — cuenta Brígida—. No queríamos recordar. A mi hermano lo acusaron injustamente... Nos trataron como si fuéramos muy poca cosa, pero la pobreza no significa que no podamos tener justicia”.

Conmovido con esta historia, que rescató de una vieja revista donde se entrevistaba a la madre de Delfín, el abogado Alvaro González buscó insistentemente a Brígida. Fueron varias negativas antes de que la mujer decidiera reabrir la herida.

Hace un año González presentó una querrela contra los autores intelectuales, materiales, cómplices y encubridores de la muerte de Delfín. Debido a la participación de agentes del Estado y de acuerdo a las convenciones de Derechos Humanos, se trata de un caso Lesa

Humanidad, por definición imprescriptible, lo que permitió reabrir la investigación, hoy a cargo del juez Mario Carroza.

“La historia de Delfín es una parte oscura de mi vida, fueron años de mucho dolor. Mi mamá sufrió hasta el día de su muerte buscando la verdad”, señala Brígida.

La mujer recuerda que incluso la acompañó hasta el restorán de José Meyer cuando ya casi había pasado un año de la tragedia. “Ella necesitaba decirle que Delfín no había matado a nadie, que era inocente. El le contestó que se quedara tranquila, que sabía muy bien que el asesino estaba libre y que no era él...”.

Delfín Díaz nació a los siete meses, el 16 de abril de 1964. Era enfermizo; aprendió a hablar a los tres años y a caminar a los cuatro. De grande tartamudeaba. Por eso lo llamaban el *Coco*, como el personaje de un programa radial de similares características. Era el menor de diez hermanos, no terminó la enseñanza básica y se hizo amigo del grupo de delincuentes Los parafinas (Hugo, Marco y Claudio Cepeda Núñez); con ellos conoció la marihuana, el neoprén y se inició en los robos. En el expediente su madre declara que fue acusado de hurto y violación, pero que salió a los tres meses de la cárcel sin cargos.

“Nunca le comprobaron nada — sostiene su hermana—, era un cabro que andaba por ahí, le seando con otros; iban al cerro, cazaban conejos y los vendían, pero no era malo”.

Ese 15 de diciembre Delfín y su amigo José Antonio Contreras Araya, alias el *Topo Gigio* fueron al sector del Huínganal a ‘conejar’ y espiar a las parejas que solían pololear en el lugar.

Allí —de acuerdo a la versión entregada al OS7 por el *Topo Gigio*—, los jóvenes habrían reconocido al empresario Mario Santander Infante como el hombre que acompañaba a Alice Meyer.

De acuerdo a los alegatos del abogado Marcelo Cibié, quien representó a la familia Meyer, Delfín y el *Topo Gigio*, presenciaron una fuerte discusión entre Meyer y Santander seguida por un forcejeo; Ella al parecer se resistía a un encuentro sexual. Luego, él le habría dado un golpe de puño en la cara, Alice perdió el equilibrio y al caer se pegó en la cabeza con una piedra y quedó tendida. Finalmente, los hombres aseguraron que habrían visto cuando él la llevó hacia un arroyo donde la abandonó, semidesnuda.

Luego, las versiones de los hechos que figuran en el expediente son confusas.

Intrigados con la situación, los figones se acercaron al cuerpo de Alice. Delfín comenzó a tocarla; se asustó al escuchar un quejido y, temien-

do que los inculparan, huyeron con el reloj Swatch de Meyer, un accesorio que ella había traído de EE.UU., una exclusividad por aquellos años.

“Ellos le robaron. Pero también estaba la moto y muchas cosas que no se llevaron. Creo que se asustaron y pensaron: ‘la mató y nosotros vamos a pagar por esto’”, cree Brígida.

De acuerdo a trascendidos de las actuales pesquisas en manos de Mario Carroza, Delfín habría utilizado el reloj para extorsionar a Santander Infante.

“Mi hermano conocía a este señor porque era *caddie* en el Club de Golf de La Dehesa donde él jugaba. Además, vivía en esta misma comuna. A lo mejor hubo un poco de extorsión; como consumían algunas drogas quizá dijeron: ‘Le pedimos un poco de plata y nos quedamos callados’”, reflexiona Brígida.

Esa fue la versión que entregó el *Topo Gigio* ante el OS7, donde aseguró que él esperó mientras el *Coco* se reunía con Santander y le entregaba el reloj.

Luego de pasar la Navidad con su familia, Delfín se trasladó al restorán El pollo chico, ubicado a metros del condominio de los Santander en calle Raúl Labbé, donde hoy se encuentra una funeraria. Pasada la medianoche, cuando el local había cerrado y todavía permanecían algunos clientes en el interior, tres hombres se presentaron como detectives. Se dirigieron a Delfín y se lo llevaron. Horas más tarde apareció muerto. En el expediente hay un testigo (Juan Vásquez) que declara haber escuchado gritos de Delfín durante esa madrugada.

“Delfín Díaz Méndez murió por estrangulamiento y no por ‘ahorcamiento de tipo suicida’, como fue la versión oficial de la época”, añade Alvaro González. Apreciación que comparte América González, la forense que tuvo a su cargo la segunda autopsia de Díaz, efectuada casi un mes después del crimen, a petición expresa del juez Fernando Soto Arenas.

“Simularon una asfixia por ahorcamiento, pero es una suspensión por terceros estando vivo, inconsciente y con alcohol en la sangre. Además, el cuerpo presentaba lesiones sugerentes de acción de terceros. Todo lo que detecté era compatible con un asesinato”, asegura la tanatóloga.

Entre los aspectos que destaca está el nivel de alcohol en la sangre: 1.08 gramo por litro. “No estaba en condiciones de trepar un árbol; tampoco tenía la motricidad fina para hacer el nudo y colgarse a dos metros setenta, y por último, no existía evidencia alguna en sus manos de que hubiese intentado subir el árbol”.

Según concluye esta profesional, claramente Delfín fue torturado y golpeado repetidamen-

BRÍGIDA DÍAZ RECUERDA QUE ACOMPAÑÓ A SU MADRE AL RESTORÁN DE JOSÉ MEYER. “LE CONTESTÓ QUE SE QUEDARA TRANQUILA, QUE SABÍA QUE EL ASESINO ERA OTRO Y QUE ESTABA LIBRE...”.

te en los testículos, lo que lo dejó inconsciente. Luego lo colgaron con una sogu o una correa, para después simular que se suicidó con su propio chaleco. “El tejido del suéter es un vínculo blando que prácticamente no deja huella, en cambio él tenía un surco de un milímetro de profundidad en el cuello, presentaba una línea argéntica, es decir el tejido graso estaba roto, imposible de lograr con una prenda de lana. Sin embargo, ninguno de los antecedentes que entregué en su momento fueron tomados en cuenta. Creo que fue una investigación poco acuciosa. Y afectada, agrega: “Se me paran los pelos cada vez que digo esto, pero durante todo este tiempo siempre tuve presente que la justicia está pendiente en el caso de Delfín”.

América agrega que es imposible que un hombre como él, que pesaba poco más de 50 kilos, hubiese asesinado a una deportista como Alice Meyer. “Primero, me llamó la atención que haya sido sindicado como autor de la muerte porque lo encontraron con el reloj. Tratándose de un drogadicto, lo lógico era que redujera la especie para continuar consumiendo. No encaja”.



RODRIGO LÓPEZ PORCILE

EL ABOGADO
ÁLVARO
GONZÁLEZ
REPRESENTA
A LA FAMILIA
DE DELFIN
DÍAZ EN LA
REAPERTURA
DEL CASO.

El caso fue seguido con avidez por la prensa y se jugaron también estrategias en el campo judicial. A cargo de la investigación estaba el juez Fernando Soto, pero su autoridad fue pasada a llevar cuando Investigaciones ‘cerró’ y dio por resuelto el caso. Más tarde, su labor fue boicoteada definitivamente. “Lo manejaron desde las más altas cúpulas del poder. El ya tenía aclaradas, tanto la muerte de Alice Meyer como la de Delfín Díaz. Sin embargo, se le tendió una trampa y luego se inició un juicio por prevaricación donde se le acusaba de haber pedido una coima para sacar a Santander bajo fianza. No obstante, la Corte Suprema lo eximió de culpa y rechazó la querrela de capítulos, acogiendo una solicitud del juez quien estaba defendiendo su honor y probidad”, explica Alvaro González.

Para este reportaje contactamos a Soto Arenas quien prefirió no dar entrevistas.

Para el abogado González se trató de un “montaje procesal muy bien armado, con gente experta en tribunales. Sacaron al juez y se designó a doña Raquel Camposano (interinamente al juez Carlos Cerda), para que siguiera investigando ambas muertes. Lo primero que hizo fue devolver el caso a la Policía de Investigaciones, de esta manera los investigados se transformaron en investigadores nuevamente... Ella puso en duda todos los elementos probatorios. Mario Santander que a esas alturas estaba en prisión preventiva —por un año y nueve meses porque todas las pruebas y testigos lo reconocieron como el acompañante de Alice el día que murió— salió bajo fianza. Y con los nuevos investigadores los testigos cambiaron las versiones y Camposano finalmente cerró el caso”.

Las actuales diligencias alimentan la esperanza de la familia Díaz y, al mismo tiempo, representan una manera indirecta de hacer justicia en el caso de Alice Meyer, causa que fue cerrada sin culpables y que hoy está caducada.

Ante el escritorio del juez Carroza, en el piso 14 de calle San Antonio, desde mediados de 2014



Los hermanos de Delfín Díaz: Juan, Laura, Delfina, Brígida y Luis.

y hasta el cierre de esta edición, uno a uno se han ido presentando los protagonistas de dos de los crímenes más escabrosos ocurridos hacia fines de la dictadura. Los primeros en acudir voluntariamente, acompañados por el penalista Luis Ortiz Quiroga, fueron Mario Santander García y Mario Santander Infante, padre e hijo, respectivamente, que según la querrela serían los autores intelectuales de la muerte de Delfín. El escrito plantea que Santander padre e hijo habrían instruido a funcionarios de Investigaciones no dice a quiénes— para cometer acciones en contra de Delfín Díaz. La tarea de los abogados, encabezados por Luis Ortiz, es probar que la supuesta conspiración con la policía civil nunca existió.

“Lo que fundamenta la querrela son sólo afirmaciones, no hay antecedentes, sino que básicamente se describen ciertas circunstancias”, cuenta una fuente de la defensa en el off. A partir de esto el equipo de abogados de Santander cree que el argumento de los querellantes se diluye.

También en calidad de autor intelectual la querrela incluye al fallecido abogado Sergio Miranda Carrington, entonces uno de los penalistas más influyentes, cercano al régimen dictatorial y quien, entre otros, estuvo a cargo de la defensa del ex director de la CNI, Manuel Contreras. Tam-

bién en calidad de autor intelectual se presentó Fernando Paredes Pizarro, entonces director general de la Policía de Investigaciones; quien, según el libelo, habría diseñado y luego concretado un plan para encubrir al verdadero autor del asesinato e inculpar en su lugar a Delfín Díaz, causándole la muerte. Los autores materiales del crimen habrían sido, según consta en la presentación de González, cuatro ex funcionarios de Investigaciones: el ex subcomisario Luis Gilberto Opazo, el inspector Juan Fernando Jiménez y los detectives Patricio Lobos y Alvaro Mena. En tanto que como cómplices o encubridores ya fueron interrogados los médicos José Dote (ex SML) y Mario Darrigrandi (ex forense de la Brigada de Homicidios), quienes habrían adulterado la autopsia para ocultar la verdadera naturaleza de la muerte: tortura y estrangulamiento.

El juez Carroza está a la espera del meta-análisis del Servicio Médico Legal para dictar una resolución en los próximos meses. Y aunque la causa se mueve lenta por estar en el sistema judicial antiguo, para la familia Díaz ya se ha cumplido un objetivo: empezar a limpiar el nombre de Delfín. “Ahora falta hacer justicia. Y luego podremos quizá responder la pregunta básica: ¿quién mató a Alice Meyer?”, resume Alvaro González. **C**

LOS CABOS SUELTOS DEL CASO MEYER



El 15 de diciembre se cumplirán 30 años del crimen que remeció al país y marcó a toda una generación. La hija de los dueños del restorán München fue encontrada muerta en Lo Barnechea. La policía civil culpó a Delfín Díaz, quien apareció colgado en el Cerro 18, con el reloj de Alice en la muñeca. Luego de una serie de cambios en el proceso, la investigación se cerró sin culpables. Hoy el juez Carroza intenta derribar los círculos de silencio que, como en otros, también penan sobre este caso.

→ Por Lenka Carvallo y Silvia Peña

Alice andaba en moto desde los ocho años; fue de las primeras en practicar enduro. Se atrevió con el windsurf, era experta esquiadora y seleccionada chilena de gimnasia.



1.

Las razones de Raquel Camposano

“Siempre tuve el convencimiento de que Mario Santander había sido inculpado y que Delfín Díaz y José Antonio Contreras (El *Topo Gigio*) eran los culpables”, sostiene la ex jueza Raquel Camposano, a quien le tocó dictar sentencia. Al leer el expediente y tomar nuevas declaraciones creí que no había mérito para considerar culpable a Santander. Revisé una a una las versiones de los testigos, algunas muy poco consistentes. “Una mujer dijo que vio pasar a Alice con el tipo detrás. Y dice que llevaba un cortaviento rojo cuando en realidad andaba de blanco... Los horarios tampoco coincidían: uno era después de almuerzo, otro era más tarde, como a las seis o siete...”.
 —¿Qué opinión tuvo del *Topo Gigio* como testigo del crimen?
 —Para mí él fue el directo causante de que Santander estuviera preso. Ese proceso fue muy mal llevado, muy tramitado, horrible. El juez Soto le prohibió a Investigaciones que siguiera y se confió plenamente en el OS7 de

Carabineros. Y cuando Delfín Díaz aparece colgado en un árbol y se dice que no se suicidó, sino que lo mataron, el OS7 le pidió al juez que le prestara protección al *Topo Gigio* durante varios meses; se lo llevaron y lo mantuvieron encerrado en una casa. Luego lo presentan ante el juez. Ahí cuenta que había visto a Santander (asesinar a Alice Meyer) al que reconoció como el autor después de ver una foto suya en el diario.
 —¿Lo indujeron?
 —No, pienso que él fue el autor junto con Delfín.
 —¿Cree que Delfín Díaz se suicidó? Una segunda autopsia de la tanatóloga del SML, América González, señala lesiones por acción de terceros y pone en duda el suicidio...
 —¿Cuándo se hizo esa autopsia, hace poco?
 —No, a menos de un mes de la primera.
 —Yo no conozco eso... No he visto esa autopsia que dice todas esas cosas. Mire, en aquel entonces tenía harta pega, no como ahora que leo hasta la última página en el diario, y a lo mejor todo eso me lo pasó.

A

El 22 de agosto Alice Meyer Abel habría cumplido 55 años. Si viviera, probablemente haría una gran fiesta con sus amigas de la *schule* (Colegio Alemán de Santiago). De haber prosperado su romance con Luis —un buenmozo dentista colombiano que conoció en Miami apenas tres meses antes de morir— estaría en Estados Unidos y tendría varios hijos. Pero nada de eso sucedió: el 17 de diciembre de 1985 fue encontrada muerta en el sector Parque del Sol en Lo Barnechea, brutalmente asesinada y con señas de haber sido ultrajada. A unos metros, su moto Kawasaki azul permanecía estacionada como silencioso testigo de un crimen que remeció al país y golpeó a toda una generación.

¿Qué pasó esa tarde? ¿Quién mató a Alice Meyer? La respuesta continúa en el aire.
 “Se encontró al interior del canal, a unos tres metros bajo el nivel del camino, el cuerpo de Alice Meyer Abel, 25 años, soltera, secretaria. Vestía polera verde. Y a la altura del tobillo izquierdo tenía solamente un pantalón blanco. A cuatro metros se encontraron esparcidos los calzones, un casco rojo, una piedra de aproximadamente 13 por siete centímetros con manchas de sangre. Golpes de puño en el ojo derecho, dos golpes en el parietal izquierdo con fractura, lo que le habría causado la muerte”, informó en su parte policial el subcomisario de la Brigada de Homicidios Luis Opazo Quiroz. De acuerdo a la autopsia, el deceso fue por un traumatismo faceo craneo encefálico, “lesiones necesariamente mortales”, estampó José Luis Vásquez en su informe del Servicio Médico Legal.
 Las pesquisas estuvieron a cargo de la Brigada de Homicidios de la Policía de Investigaciones, liderada por Juan Fieldhouse, que intentaron reconstruir los pasos de la joven a través de su círculo íntimo y también de quienes estaban cerca del sitio del suceso.
 De acuerdo a las versiones de su familia y amigos, ese fin de semana Alice estaba triste, se sentía sola. Recién llevaba una semana saliendo con Javier Flores, empresario, dueño de una

constructora y socio del tenista Hans Gildemeister. Habían quedado de verse. Pero él no llamó, pese a que durante la investigación declaró haber intentado contactarse con ella dos veces el sábado 14, el día antes de su muerte. Sin noticias suyas, la joven tomó su moto y partió rumbo a Lo Barnechea. En el trayecto pasó por el departamento de Javier: “No me gusta que jueguen con mi tiempo”, le dejó escrito en una nota.

Más de una decena de testigos admitieron haber visto a Alice aquella tarde; la acompañaba un hombre de contextura mediana, alto, de unos 30 años, moreno, con bigotes y pelo crespo. Rosa Jara esperaba micro a las 15:10 horas en la calle Camino el Cajón, en El Arrayán, cuando a escasos metros vio a una joven rubia, en una moto azul. Del negocio de su vecina, Ruth Molina —quien también declaró en la investigación— vio a un sujeto montarse al asiento del pasajero. La pareja pasó frente a ella hasta desaparecer rumbo al Santuario de la Naturaleza. El ruido del motor alertó a Yolanda Nahuelpán, quien esa tarde cuidaba al hijo de sus patronos y se asomó a ver qué pasaba.

En el Santuario de la Naturaleza, Claudio Joaquín Argomedo, 14 años, ayudante del portero, vio a la pareja llegar en la moto a eso de las 16:00. Pero en el lugar no se permitían motoristas y debieron regresar. En el camino fueron nuevamente vistos por Rosa Jara. Cada uno de estos testigos identificó —sin ninguna duda— a Alice Meyer y a Mario Santander Infante como los tripulantes de la moto. A ellos se sumaron los testimonios de otras nueve personas que esa tarde se encontraban en el Parque del Sol, y que advirtieron a una pareja de las mismas características muy cerca de donde se encontraba estacionada una moto azul. Entre ellos dos personas que casualmente conocían a Alice Meyer: Mikel Ugarte (padre de una ex compañera de ella) y Patricio Santelices (ex pololo), quienes junto al empresario Jorge Rabié paseaban en auto; entre unos arbustos, divisaron a un hombre sobre el cuerpo de una mujer. Al sentir el ruido del vehículo, el sujeto los miró y se cubrió parte de la cara con el antebrazo. Lo identificaron como un tipo moreno de pelo oscuro, contextura media, con jeans azules con las bastillas dobladas hacia arriba.

Esa tarde Joseph De Raucourt y Verónica Vivanco también declararon haber visto a Alice y Santander en el mismo sector.

Aunque los testimonios más potentes fueron los de los dos testigos que habrían presenciado el crimen: Delfín Díaz, *el Coco*, y su amigo José Antonio Contreras, más conocido como el *Topo Gigio*, cuya declaración más tarde sería clave. Delfín era un conocido personaje del barrio, adicto al neoprén, solía cometer algunos delitos menores. Iba a los cerros del sector a cazar conejos, consumir marihuana, beber alcohol y

2.

Las dudas de Zayda

Durante los años que duró el proceso, Zayda Cataldo entrevistó a gran parte de los protagonistas esenciales. Uno de sus golpes fue la entrevista a la señora de Santander Infante, María Angélica Vargas Serrano, en revista *Alternativa* (abril 1986) realizada en las oficinas del abogado Sergio Miranda Carrington. En ella se refiere a la visita de Investigaciones a la casa de los Santander el 24 de diciembre de 1985, dos días antes de la muerte de Delfín.
 “María Angélica dice que los policías hablaron con los padres de su marido porque este no estaba. Los atendieron muy bien con cafecito y bebidas. Cuando llegó Santander Infante se fue con su padre al cuartel de General Mackenna, donde prestó declaraciones todo el día. Ella dice frases como: ‘Mario aportó mucho más de lo que tú te puedas imaginar’... Lo más revelador es que a través de la entrevista de Cataldo el juez Soto Arenas se enteró de esa diligencia. ‘Aquí hubo tráfico de influencias, me refiero a la policía civil de la época. ¿Con qué atribuciones Investigaciones da por cerrado el caso con la muerte de Delfín Díaz? ¿Por qué se pierde la declaración de Santander Infante el 24 de diciembre en el mismo cuartel de Borgoño? Y cuando el juez Soto se entera por mi reportaje de la entrevista y pide verla, le dicen que el libro de novedades fue incinerado. ¿Cómo se hace desaparecer una evidencia tan grande

y se le niega al propio juez de la causa?’, se pregunta hoy Zayda. Agrega que durante la entrevista a Angélica Vargas, Miranda Carrington tuvo activa participación. “Muchas veces ella estaba dando una respuesta coherente, muy clara y él interrumpía. También le sugería cosas al oído. Uno de los puntos más redundantes de esa conversación es cuando el abogado dice: ‘Mire, ese día se celebraba el cumpleaños de Adriana Figueroa Tocornal —la defensa se basó en los testigos que estuvieron en ese cumpleaños—, yo lo voy a demostrar’ y con mucha parsimonia saca un certificado de nacimiento. Y la señora de Santander agrega: ‘Sí pues, el cumpleaños era para ella, lástima que no fue’. La impresión que me dio es que Angélica Vargas tenía algo que la hacía refutar en cierta medida a su abogado, porque cuando él decía una cosa ella lo contradecía”. Zayda contrastó esta información con Adriana Figueroa, la cumpleañera. “Le pedí una entrevista y ella se negó. Entonces le pregunté la razón de su inasistencia, y ella dijo: ‘Pero si eso la Gaby (Gabriela Infante) lo sabía desde antes porque también cumplía años mi nieto’... Y agrega otra duda: ‘Según el expediente hubo varios testigos que reconocen a Santander, y lo identifican en la rueda de reconocimiento. Luego con el cambio de juez, modificaron sus versiones. ¿Por qué pasó esto?’.”



“No he visto esa autopsia que dice todas esas cosas. Entonces tenía harta pega, no como ahora que leo hasta la última página en el diario y, a lo mejor, todo eso me lo pasó”, dice Raquel Camposano sobre la segunda necropsia que afirmó que Díaz no podría haberse suicidado.

observar a las parejas que iban a tener relaciones sexuales. Esa tarde habrían presenciado una fuerte discusión, seguida por un forcejeo y al hombre ya sobre el cuerpo de la mujer intentando reducirla mediante reiterados golpes de puño en la cara. Cuando ella quedó inconsciente el sujeto concretó el abuso. Acto seguido tomó el cuerpo inerte en sus brazos y lo arrojó a un canal donde se habría golpeado la cabeza. Las autopsias no coincidieron en si las causas de muerte fueron los golpes en la cara, la lesión cerebral o una muerte por inmersión.
 Delfín Díaz y José Antonio Contreras, aún ocultos tras los arbustos, vieron al hombre lanzar el casco y los anteojos de sol, y huir a pie mirando reiteradamente hacia atrás. Aterrados, tras esperar casi una hora, fueron al lugar donde yacía el cuerpo de Alice Meyer. Delfín Díaz tomó en sus manos a la joven y comenzó a manosearla, siendo increpado por su compañero. Luego parcieron, jurando que jamás dirían una palabra. “A ese yo lo conozco”, le dijo Delfín Díaz a Contreras. A los diez días, el 26 de diciembre, el cuerpo

de Delfín apareció colgado de un eucalipto en el Cerro 18, muy cerca de donde todo pasó, tenía puesto en su muñeca el reloj de Alice Meyer.

Los últimos que vieron con vida a Delfín, en el restorán el Pollo Chico, dijeron que a eso de las dos de la madrugada unos hombres —que se identificaron como policías— ingresaron abruptamente al lugar y se llevaron a Díaz, quien se encontraba bajo los efectos de alcohol. “Ando dulce”, le habría dicho esa tarde a su amigo el *Topo Gigio*. A las pocas horas apareció muerto. Según su hermana, Brígida Díaz, había sangre en sus pantalones, a la altura de la entrepierna. Pero en la primera autopsia —del doctor José Dote— la causa había sido el suicidio. En una segunda necropsia la tanatóloga América González señaló que el joven fue ahorcado primero con otro tipo de soporte (y no con la manga del chaleco con el que se lo encontró) y con signos de haber sido golpeado en los testículos hasta dejarlo inconsciente. “Simularon una asfixia por ahorcamiento, pero es una suspensión por terceros estando vivo, en condiciones de

3.

La defensa de Mario Santander

Luis Ortiz Quiroga, del estudio Puga, Ortiz y Cía. representa hoy a los Santander ante la querrela de la familia de Delfín Díaz, que investiga el juez Mario Carroza. Según ésta, Mario Santander Infante (60) y su padre, Mario Santander García (88), serían los autores intelectuales. Como responsables materiales, menciona a cuatro ex funcionarios de Investigaciones: el subcomisario Luis Gilberto Opazo, el inspector Juan Fernando Jiménez y los detectives Patricio Lobos y Alvaro Mena. Como cómplices o encubridores, los médicos José Dote (ex SML) y Mario Darrigrandi

(ex forense de la Brigada de Homicidios), quienes habrían adúlterado la autopsia para ocultar la verdadera naturaleza de la muerte: tortura y estrangulamiento. Aunque el caso no se vincula estrechamente con el asesinato de Alice Meyer, de prosperar la querrela sería una manera indirecta de hacer justicia. Ante el escritorio del juez Carroza, se han ido presentando los querrelados del caso. Acompañados por el penalista Luis Ortiz, Mario Santander padre reconoció que el 24 de diciembre, antes de la muerte de Delfín, fueron a su casa cuatro funcionarios de

investigaciones para hablar de Alice Meyer. Pero dijo desconocer si hubo otra reunión en la Brigada. Esto fue ratificado por su hijo, quien no descartó haber conocido a Díaz en el club de golf de La Dehesa. La estrategia de la defensa es probar que la supuesta conspiración nunca existió. “El fundamento de la querrela son sólo afirmaciones, no hay antecedentes”, asegura una fuente en el *off*. Hoy buscan demostrar que Santander Infante nunca fue interrogado en la Brigada, pese a que su mujer María Angélica Vargas lo mencionó en una entrevista.

pérdida de consciencia y con alcohol en la sangre, lo que actúa como un depresor del sistema nervioso. El cuerpo presentaba lesiones sugerentes de acción de terceros. Todo era compatible con un asesinato”, aseguró la especialista para este reportaje.

Con la muerte de Díaz, Investigaciones dio por cerrado el caso. Pasado a llevar, el juez Fernando Soto Arenas traspasó la causa al OS7 y también les ordenó indagar a la policía civil.

La noticia de la muerte de su amigo habría aterrado al *Topo Gigio*, quien en los interrogatorios jamás hizo mención a lo que habían visto. Sólo con el caso en manos de Carabineros, en abril de 1986, contó su verdad y sindicó a Mario Santander como el hombre que asesinó a Meyer.

Delfín Díaz conocía a Mario Santander. El joven había trabajado como *caddie* suplente del Club de Golf de La Dehesa, donde la familia figuraba entre los miembros fundadores. Ese 15 de diciembre —el día del asesinato de Alice Meyer— Santander hijo reconoció que entre las 09:00 y las 14:00 horas había participado de las laguneadas —encuentro anual donde los socios jugaban con el personal— y luego se habría ido a su casa —en un amplio condominio familiar en Raúl Labbé—, donde habría almorzado con su familia y dormido una larga siesta. Aunque, cuando su defensa pasó a manos del abogado Sergio Miranda Carrington (ligado a la dictadura y que defendió al jefe de la CNI, Manuel Contreras) cambió su versión y aparecieron una decena de testigos que habrían participado en el cumpleaños de una amiga de la familia (recuadro 2).

Mario Santander conoció a Alice Meyer a través de su amigo Patrick Hurley. Llegó al restorán München —propiedad de los Meyer— en 1982 cuando el local se había trasladado a Lo Barnechea. Aunque era casado y padre de dos niños, solía pasar casi a diario a comer un sándwich o a tomar una cerveza y aprovechaba de coquetear con Alice. No se cansaba de invitarla a salir. Decía: “¿Oye, salgamos?, ¿vamos al teatro?, ¿te invito a bailar? Y ella respondía siempre que no”, recuerda Patricia Marsh, amiga de Alice (recuadro 4).

El juez Soto Arenas llegó a procesar a Santander, quien estuvo un año y nueve meses encarcelado. Hasta que se inició un juicio de prevaricación que lo dejó fuera del caso. “El ya tenía aclaradas, tanto la muerte de Alice Meyer como la de Delfín Díaz. Sin embargo, se le tendió una trampa y se le acusó de haber pedido coima para sacar a Santander bajo fianza. No obstante, la Corte Suprema lo eximió de culpa y rechazó la querrela de capítulos, acogiendo una solicitud del juez quien estaba defendiendo su honor y probidad”, explica Alvaro González, abogado de la familia de Delfín Díaz.

Fotos Francisca Cornejo.

“CUANDO ALICE CUMPLIÓ 52 AÑOS LA CELEBRAMOS. BAILAMOS, CANTAMOS Y LE SACAMOS ESA COSA OSCURA, HORROROSA”, RECUERDAN SUS AMIGAS.



CAROLA GÁLVEZ.



PATRICIA MARSH.

a él también le gustaban. El era casado. Así que en el restorán le decían: ‘Oye, ven con tu señora, ¿por qué siempre andas solo?’. Ese día, Alice se lo debe haber encontrado de casualidad. Ella no habría subido jamás a un desconocido a la moto. Quizás él se entusiasmo y ella le opuso una resistencia brutal”.
—¿Cree que hayan tenido una relación?
 —No, conversé con ella un tiempo antes y estaba cabreada con este asunto. Patricia Marsh, su amiga y casi una hermana, se enteró a los dos meses de la muerte de Alice. Vivía en EE.UU. y estaba embarazada, por eso su familia prefirió no contarle. “Para ahorrarle el sufrimiento”, dice entre lágrimas. Al volver declaró ante el juez Soto. “El quería saber si Alice era capaz de llevar a alguien en la parte trasera de su moto. Ella manejaba desde los ocho años, podía llevar

un elefante. Después lo sacaron del caso, y partió otra vez todo. Fue realmente desgastador. En un minuto el tío José dijo: ‘No quiero más’. El sufrió grandes pérdidas económicas por el juicio.
—¿Usted vio a Santander en el restorán?
 —Sí. Era bien entrador, se hizo amigo de los papás, se sentaba con ellos a comer.
—¿Los padres de Alice sabían de sus intenciones?
 —Creo que sí, pero nunca pensaron que era acoso.
—¿Usted lo consideraba como acoso?
 —Sí. Hoy lo hubiera sido, antes no se hablaba de eso. El era muy insistente. Además, Alice había vuelto hace poco de EE.UU., donde conoció a un colombiano que vivía en Miami. Cuando viajé para allá, me pasó un regalo de Navidad: “dáselo a mi pololo”, dijo. Lo envié; debe haberlo recibido cuando Alice ya estaba muerta.

4.

La certeza de las amigas

Por casi tres décadas no se habló de Alice. “Era tabú. Pero en 2013 celebramos sus 52 años y fue maravilloso. Hicimos una torta, le cantamos, bailamos y fue súper catártico; un alivio tremendo; logramos sacarle la cosa oscura,

horrorosa”, cuenta Carola Gálvez, la amiga a quien Alice le confiaba los asuntos ‘del corazón’. “Ella me contó que un tipo —Santander— iba siempre al restorán y que la estaba molestando; se habían juntado un par de veces por las motos, que

El abogado asegura que se trató de un “montaje procesal muy bien armado, con gente experta en tribunales, que lograron su objetivo: sacar al juez del caso y se designó a doña Raquel Camposano (interinamente al juez Carlos Cerda), para que siguiera investigando ambas muertes. Lo primero que hizo fue devolver la investigación a la Policía de Investigaciones, de esta manera los investigados se transformaron en investigadores nuevamente... Ella puso en duda todos los elementos probatorios. Mario Santander salió bajo fianza y con el cambio de juez y los nuevos investigadores, los testigos cambiaron las versiones. Entre ellos, el *Topo Gigio*, quien finalmente terminó diciendo que había mentado”.

La periodista Zayda Cataldo, de las pocas que reportó a fondo el caso (recuadro 2) cuenta que lo vio años más tarde. “Estaba sentado en la puerta de un boliche en Lo Barnechea, con los ojos enrojecidos, como inyectados. Lo primero que me dijo fue ‘no doy entrevistas’. Me llamó la atención que estuviese vestido con una parka de marca. No quería hablar, decía que no se acordaba de nada. Le pregunté quién había matado a Alice Meyer y me dijo: ‘Si todos saben, pero no fue mi amigo... Para qué le voy a contar si aquí todos saben...’”.

En vista de estos antecedentes, la causa fue cerrada en 1991 por la jueza Camposano, sin culpables. Hoy defiende su resolución aunque reconoce que pasó la segunda autopsia por alto, lo que podría implicar un vuelco en el caso (recuadro 1).

Después de casi 30 años una especie de shock colectivo enmudeció a los hermanos, amigos y conocidos de Alice. Su habitación permaneció intacta durante años y cada una de sus fotos fueron guardadas para no seguir recordando. En 2012 la casa en que vivía la familia, en calle Carlos Antúnez, fue vendida a una constructora y posteriormente demolida. A comienzos de este año el padre de Alice, José Meyer, murió sin jamás ver que se hiciera justicia. Su muerte golpeó fuertemente a sus dos hijos, Erika y Joseph, quienes pese a nuestras insistencias no quisieron hablar. El ex juez Soto Arenas, que ejerce como abogado en Valparaíso, se disculpó diciendo: “Es preferible no recordar estos temas”.

Hoy Mario Santander García sigue como accionista de Sigdo Koppers; su hijo es dueño de la empresa de factoring Incofin. Ninguno quiso hablar para este reportaje.

Jacqueline Shöngut, una de las mejores amigas de Alice, quien estuvo con ella en su última noche —luego de asistir juntas a una fiesta en Isla de Maipo y considerada una de las figuras clave—, no se refirió más al tema. Hoy vive en Caleu. Solicitada para este artículo, argumentó que no se sentía capaz: “Hablar de Alice es algo que todavía me duele”.



MARCELO AGOST



EN ENERO PASADO JOSÉ MEYER MURIÓ SIN VER QUE SE HICIERA JUSTICIA. SU MUJER ERIKA ABEL NO VOLVIÓ A MENCIONAR EL NOMBRE DE ALICE, AUNQUE MANTUVO LA HABITACIÓN DE SU HIJA INTACTA POR AÑOS.

El ex cuñado de Santander, Jaime Didier se separó de María Irene Santander y hoy vive en Villarrica. “Quiero olvidar esa etapa”, respondió molesto. El ex subcomisario Luis Gilberto Opazo esquivó los llamados. Y el ex detective Alvaro Mena, también se excusó: “Cuando todo esto termine podremos hablar”.

La causa de Alice Meyer prescribió. Sin embargo, la de Delfín Díaz fue reabierto a mediados del 2014 tras una querrela del abogado Alvaro González, en representación de la familia Díaz. El profesional la compara con causas emblemáticas de Derechos Humanos, como el Caso Quemados, donde el juez Mario Carroza acaba de procesar a varios ex integrantes del Ejército como autores, cómplices y encubridores. “Existe un pacto de silencio al cual esperamos poner término. Hacemos un llamado a quienes tienen información para que esto termine”.

Hoy el juez Mario Carroza investiga la arista que involucra a Delfín Díaz. El proceso está en marcha y promete resultados muy pronto.